

EDITORIAL

Cuando Carlos de Miguel, que sigue unido no sólo sentimentalmente a esta publicación, sino como asesor de la misma, nos ofreció su directa colaboración para preparar este número doble de verano, no desaprovechamos la ocasión, máxime cuando pretendía mostrarnos la Málaga del siglo XIX a través de la palabra y de la imagen de un grupo importante de compañeros.

Estaba pues Carlos, ofreciéndonos como en sus mejores e inolvidables publicaciones unos "Encuentros" donde su pericia como conductor y moderador, yo que por mi juventud no conocía en vivo, me dejaron gratamente sorprendido. Vosotros lectores, tenéis ahora delante el resultado de esta experiencia. A través de las páginas que siguen, conoceréis de la mano de un excelente cicerone contrastado por las opiniones vivas de quienes les acompañamos y las imprescindibles y hermosas imágenes de ese gran "aficionado" a la fotografía que siempre ha sido Paco Gómez, una Málaga no sólo hermosa, sino desconocida, y digo desconocida porque ha sido emocionante ver cómo nuestros compañeros de allá, algunos malagueños de pies a cabeza, han descubierto y vivido una ventura nueva al paso por sus calles de siempre, cuando los venidos de fuera les hacíamos partícipes de la visión enamorada con que se miran las cosas que intuyes has de llegar a amar.

Os decía que en las páginas que siguen tenéis el resultado de esta experiencia, lo que no tenéis es la experiencia en sí misma y es esta para mí lo realmente importante. Siento que las calles de esa Málaga del siglo XIX han sido un hermoso pretexto, testigo y encuadre de un texto, donde un grupo de hombres unidos durante unas horas, vivían casi con las mismas resonancias una misma experiencia.

La grata impresión de la palabra sencilla y llana de Ramón Andrada. Las cultas y casi me atrevería a adjetivar "exquisitas" opiniones de Federico Correa, las palabras "tremendistas" de un Oriol Bohigas, ambos cayendo inevitablemente, inconscientemente diría yo, en constantes referencias a su amada Cataluña; la palabra responsable dicha casi con miedo, sabedora de la complejidad de las cosas, de mi querido profesor Julio Cano Lasso, por el contrario, el enorme impulso vital de Vázquez de Castro, y la paradógica y superficial aspereza de Carlos de Miguel, común de todas las personas que de alguna forma han de defender su tremendo humanismo. Todo ello aderezado por la gracia de nuestros anfitriones malagueños, natural de los que en esta tierra han nacido y perfectamente asimilada por los que la han hecho suya; han sido los que han dado enorme riqueza, al confluir en el análisis de un mismo hecho arquitectónico y urbano.

Nuestro quehacer en la revista nos ha hecho entrar conscientemente —al menos esto es mi personal experiencia— en el fenómeno humano que encierra nuestra profesión, la necesidad de responsabilizarnos e hipersensibilizarnos en recoger las opiniones, inquietudes y tendencias de todos los compañeros para intentar poco a poco que esta publicación sea reflejo de tales situaciones, nos está llevando al mismo tiempo a conocer ideologías y voluntades que intuimos son en ultimidad la verdadera razón de nuestra Arquitectura, de las cuales los edificios no son más que impuras y esclerotizadas respuestas. Con esto intento decir que la profesión de la Arquitectura tiene sus posibilidades de existir en las ideas e inquietudes de aquellos que son sus servidores y estas ideas, estas inquietudes siempre superan de una u otra forma el diario quehacer, la concreción física del esfuerzo.

Por ello, porque conocer a los hombres, es amar las cosas, me atrevo a decir que contra todo derrotismo, nuestra Arquitectura está viva, más aún, diría que está en carne viva, a juzgar por la pluralidad, contrastes, antagonismos, cruda ironía, miedos, absentismos, posturas radicales e irracionales escapes, riqueza vital en una palabra que día a día vamos descubriendo en vuestras opiniones.

J. J. TORRENOVA